

nuestro amor, el solo dueño á quien teníamos que servir, y el solo soberano á quien teníamos interés en no desagradar : su palabra era entonces nuestra ley, y su Evangelio la regla de nuestra conducta : no podíamos comprender entonces cómo un negocio temporal pudiese ocuparnos mas que el negocio de nuestra salvacion ; y cómo un hombre de buen juicio podia no mirar el negocio de su salvacion como su importante y su único negocio. ¿Qué impresion no hacia en nuestro corazon la memoria de todo lo que Jesucristo hizo y padeció por nuestro amor? El misterio de la Encarnacion, el de la Redencion y de la Eucaristia, todo nos movia, todo nos echaba en cara nuestro poco reconocimiento, todo nos enternecia y nos interesaba. Como éramos cristianos en toda nuestra conducta, ¿qué respeto no nos inspiraba el lugar santo? ; con qué santo horror asistíamos al sacrificio de la misa! ; con qué hambre de la justicia nos llegábamos á los santos sacramentos! ; qué temor saludable á los juicios de Dios, qué dulce confianza en los méritos del Redentor, qué deseo de nuestra salvacion, qué inquietud, qué zelo! Como nos mirá-bamos como peregrinos sobre la tierra, sufríamos con paciencia las amarguras de nuestro destierro : la vista de Jesucristo endulzaba todos los sinsabores de nuestra peregrinacion. Como éramos herederos del mismo Dios, y coherederos de Jesucristo, ¿qué gozo no sentíamos en tener parte en sus sufrimientos con la bien fundada esperanza de tener parte en su gloria! Todo esto obraba en nosotros la gracia de Jesucristo en aquellos años de inocencia y de fervor, en aquel tiempo en que confesábamos que éramos cristianos, que éramos cuerdos : ¿de dónde, pues, ha venido esta espantosa mudanza de costumbres, de conducta y de sentimientos? Lo que Jesucristo era ayer, ¿no lo es todavía hoy, y lo será por todos los siglos? ¿de

dónde viene, vuelvo á decir, que no seamos hoy lo que éramos ayer, respecto de Jesucristo y de su moral? Nuestra religion es tan invariable como su autor. Las mismas verdades que hubo antes subsisten hoy, y subsistirán por todos los siglos. Jamás se envejecerán; jamás se verá que las verdades del Evangelio pierdan un punto de su vigor y de su fuerza. ¿Éramos cuerdos cuando vivíamos segun el espíritu de Jesucristo, y segun las solas máximas del cristianismo? ¿somos cuerdos el dia de hoy que hemos mudado de dueño? El dueño no se ha mudado : el mismo es que fué, y lo será eternamente; la misma soberanía tiene hoy que tuvo siempre; el mismo poder, la misma bondad, la misma misericordia. ¿Qué es lo que nos ha podido hacer dejar su servicio? ¿Por ventura hemos encontrado otro dueño mejor? Este dueño es nuestro Dios ; este Dios nuestro redentor; él será nuestro juez. Nos vamos acercando á su terrible tribunal ; quizá tocamos ya en el término fatal de nuestra vida. En aquella última hora ¿nos alegraremos de haber dejado su servicio? ; nos alabaremos de haber mudado de amo, cuando no nos quedará otro que él por toda aquella espantosa eternidad, que hará tan cruel el pesar, el arrepentimiento sin fruto y la desesperacion?

*El evangelio es del cap. 25 de san Mateo, y el mismo que el dia 1, pág. 21.*

#### MEDITACION.

QUE NO HAY ESTADO DE DONDE SEA MAS DIFÍCIL SALIR  
QUE DEL ESTADO DE TIBIEZA.

#### PUNTO PRIMERO.

Considera que el estado de tibieza no solo es muy arriesgado por lo que mira á la salvacion, sino que lo

que hay mas que temer, es que casi no tiene remedio; y que cuando una alma está en este estado, es casi imposible que salga jamás de él. Para salir de un estado peligroso es menester conocer que se está en él, y conocer su peligro; y esto es cabalmente lo que el alma tibia no conoce. Por mas que un pecador esté abismado en los mayores desórdenes, no le cuesta trabajo el conocer el peligro en que está; pero una alma tibia jamás cree que lo es. Se puede decir que desde que empieza á conocer que es tibia, empieza á no serlo ya. Solo en el fervor se descubre la desgracia y la infelicidad de una vida tibia; y hé aquí lo que hace tan difícil la conversion de una alma tibia: ¿por qué camino se le descubrirá que se halla en este estado, cuando la ceguedad es el primer efecto de la tibieza? Como no se relaja sino poco á poco, se familiariza insensiblemente con el pecado, se acostumbra á sus defectos, y finalmente gusta de ellos. El hábito sufoca, y aun previene todas las reflexiones, y extingue todos los remordimientos: ninguna cosa da golpe á una alma tibia, nada teme, de nada desconfía, no encuentra cosa que la escandalice: cae en la tibieza sin omitir sus ejercicios espirituales: los hace, pero de un modo desabrido; y estos ejercicios espirituales solo sirven para deslumbrar al alma, y para adormecerla en su lastimoso estado. El mismo Dios, que hace tanto ruido para despertar al pecador, parece que calla, y que embaraza lo que podria excitar y avivar á una alma tibia. Amonestaciones saludables, sermones capaces de convertir al pecador mas endurecido, lecturas piadosas, accidentes adversos que hacen abrir los ojos á las personas mas depravadas, no hacen la menor impresion en una alma tibia. ¿Y cómo es capaz que piense en el remedio, cuando no cree tener mal alguno? La insensibilidad va á los alcances á la ceguedad, y el endurecimiento sucede

siempre á una insensibilidad habitual. ¿Se puede imaginar un estado mas lastimoso? la reprobacion ¿dista mucho de este funesto estado?

#### PUNTO SEGUNDO.

Considera que entre todas las enfermedades del alma no hay una, al parecer, mas incurable que la de tibieza. Los sacramentos, las meditaciones, las reflexiones, los ejemplos son unos remedios excelentes para los males espirituales. Pero ¿son eficaces estos remedios en una alma tibia? Se confiesa en este estado, se comulga como en el estado de fervor, y tal vez con tanta frecuencia como una alma fervorosa; pero ¿cuál es el fruto de estas confesiones y comuniones? Se confiesa sin contricion, sin propósito sincero de mudar de vida; casi no se sabe de qué ha de acusarse: tan ciega está una alma tibia. Una fórmula de confesion, un chorrillo que dice siempre una misma cosa produce siempre un mismo efecto, esto es, un aumento de sopor, una continuacion de decaimiento, una desgraciada hazañería y sim'acion que ahoga todos los remordimientos, que da una pernicioso y mortal seguridad que tranquiliza al alma. Se sale del tribunal de la penitencia con la misma disposicion con que se habia entrado: se recae á las dos horas de haberse confesado en los mismos defectos de que se habia acusado. Les sucede á estas almas con los sacramentos lo que á los enfermos de una calentura lenta con los remedios superficiales que les dan, los cuales solo sirven para contentar y entretener la imaginacion del enfermo, el que no por eso deja de morir un dia mas ó menos tarde. Buen Dios, ¡cuán comun es esta enfermedad de decaimiento y de tibieza entre las personas que hacen profesion de ser devotas! ¡y cuán ordinario es ver personas tan zelosas por la perfeccion de los otros,

directores, predicadores, superiores que saben reprehender tan bien los menores defectos, cuyo zelo se agota todo en procurar la salvacion de los otros, cayendo ellos mismos en la tibieza, por descuidarse de corregir sus propios defectos é imperfecciones!

Pero, Dios mio, ¿de qué servirá todo esto á una alma tibia, á no ser que vos, por un milagro de vuestra misericordia, le hagais conocer su infelicidad? A lo menos haced este milagro en mi favor, y no permitais que me sean inútiles estas saludables reflexiones.

#### JACULATORIAS.

*Inclina cor meum in testimonia tua, et non in avaritiam.* Salm. 118.

Inflamad, Señor, mi corazon en el amor de vuestra santa ley, y haced que os sirva con desinterés y con fervor.

*Ure renes meos, et cor meum, Domine.* Salm. 25.

Abrasad, Señor, mi corazon, y llenadle de un santo fervor en vuestro servicio.

#### PROPOSITOS.

1. Por mas arreglada que sea tu vida, por mas santo que sea tu estado, por mas exacto que seas en tus santos ejercicios, teme la tibieza: es esta una enfermedad epidémica y contagiosa, y así no debes omitir cosa alguna para preservarte de ella. Solas las almas tibias no temen estar en la tibieza; para no caer en ella, ejercitate con frecuencia en las prácticas siguientes. Primera: cumple con una puntualidad escrupulosa con todos tus ejercicios de piedad. Segunda: no te contentes con no omitirlos jamás; ten un cuidado particular de hacerlos siempre el mismo dia y á la misma hora. Tercera: haz cada uno de ellos cada vez, como si esta fuera la última que los



S. AMBROSIO, O.  
Y DOCTOR DE LA IGLESIA.

hicieras en toda tu vida. Cuarta : practica estos avisos , con especialidad respecto de la confesion y comunion : esta práctica es de las mas excelentes. Quinta : luego que hubieres caído en algun defecto , aunque sea el mas leve , castigate el mismo dia con alguna penitencia. Sexta : pide á Dios todos los dias el fervor , y no sirvas jamás al Señor con pereza , ociosidad y negligencia.

2. Procura en todas las fiestas principales renovar tu fervor , celebrarlas con una nueva devocion : comienza por la festividad de la inmaculada Concepcion que viene luego. Acúsate en las confesiones de la tibieza con que sirves á Dios. Está alerta contra las distracciones voluntarias , especialmente en tus oraciones vocales. Jamás te descuides de orar y rezar con respeto. Evita las posturas descompuestas y poco decentes. Vela singularmente sobre tus sentidos , y haz alguna mortificacion ; porque el amor propio y la falta de mortificacion son siempre el origen funesto de la tibieza. Finalmente , ten un extremo horror á esta enfermedad espiritual , de la que casi nunca se cura.

### DIA SÉPTIMO.

SAN AMBROSIO , OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA.

San Ambrosio , uno de los mas célebres doctores de la Iglesia , era hijo de Ambrosio , prefecto del pretorio de las Galias , dignidad que daba entonces en el imperio el mayor honor y la primera autoridad despues del emperador : nació el año de 340 en la ciudad de las Galias , donde residia entonces su padre , esto es , ó en Arles , ó en Tréveris , ó en Leon. Su naci-